

Breve panorama de la historiografía de los Estados Unidos de América

FABIO NIGRA | fabionigra@gmail.com

Universidad de Buenos Aires

ROBERTO ELISALDE | pimsep27@gmail.com

Universidad de Buenos Aires, Red de Investigadores y organizaciones sociales de América Latina, CLACSO

| Resumen

El artículo se propone brindar un recorrido conceptual de la producción historiográfica en los Estados Unidos, a fin de que pueda ser utilizada para identificar las perspectivas teóricas e históricas de sus lineamientos más relevantes. De este modo, se presentan las principales “escuelas historiográficas” a través de un proceso cronológico que rescata aportes y representantes significativos desde mediados del siglo XIX hasta la actualidad. En cada una de las “escuelas” se desarrollan conceptos e ideas clave sobre la *escuela patriótica*; la *escuela progresista*; la *escuela de la izquierda tradicional* junto a la del New Deal; la *escuela de la nueva izquierda* y también los aportes propuestos por las corrientes más recientes del *posmodernismo*. Asimismo, en el presente artículo se proponen relaciones y articulaciones que aspiran a comprender e interpretar el pasado con tópicos pertenecientes al campo historiográfico de la *historia y la educación estadounidense*.

Palabras clave: Estados Unidos, Escuelas historiográficas, Educación

Brief Overview of the Historiography of the United States of America

| Abstract

The article aims to provide a conceptual overview of historiographic production in the United States, so that it can be used to identify the theoretical and historical perspectives of its most relevant guidelines. In this way, the main “historiographic schools” are presented through a chronological process that rescues significant contributions and representatives from the mid-19th century to the present. In each of the “schools” key concepts and ideas about the *patriotic school*; the *progressive school*; the *school of the traditional left* alongside that of the New Deal; the school of the new left and also the contributions proposed by the most recent currents of *postmodernism*, are developed. Likewise,

this article proposes relationships and articulations that aspire to understand and interpret the past with topics belonging to the historiographic field of *American history and education*.

Keywords: United States, Historiographic schools, Education

| Introducción

El presente texto se plantea con el objetivo de brindar un panorama sintético de la evolución histórica de la producción historiográfica en Estados Unidos, a fin de que pueda ser utilizado para identificar la perspectiva teórica de los grandes lineamientos esbozados para pensar el propio pasado. De esta forma se establece un orden cronológico con la idea de ubicar cada “escuela”.¹ Como sostienen Pozzi y Elisalde, las “escuelas historiográficas norteamericanas son “tendencias con algunos criterios en común”, y muchas veces dentro de esas grandes tendencias pueden surgir sub-tendencias o corrientes particulares, tal como expondremos a continuación.

De este modo, desarrollaremos conceptos e ideas clave sobre las denominadas *escuela patriótica*; *escuela progresista*; *escuela de la izquierda tradicional* junto a la del New Deal; la *escuela de la nueva izquierda* y corrientes del *posmodernismo*. Concluiremos este recorrido con menciones relevantes de las últimas tendencias. Asimismo, acompañaremos las caracterizaciones generales con referencias pertinentes al campo historiográfico de la *historia y la educación estadounidense*, en el entendimiento de que la relación entre una y otra condicionan no solamente la forma en que construyen su pasado, o la forma de transmitirlo y reproducirlo, sino que es una dialéctica clave a fin de garantizar la elaboración de un consenso particular.

| Escuela Patriótica

En principio, y haciendo una lectura a través del tiempo, puede decirse que en los orígenes de la práctica historiográfica de Estados Unidos se encuentra la llamada *Escuela Patriótica*. Esta forma de escribir la historia se originó a mediados del siglo XIX, en concordancia con los determinantes influjos de la historiografía alemana de Ranke, Momsen y la línea positivista que exigía la elaboración de procesos que permitieran la construcción de leyes de comportamiento sociohistórico de validez universal.

Un representante destacado fue George Bancroft, quien luego de la Guerra Civil comprendió que se hacía necesario pautar los elementos clave de una identidad nacional. Su marco teórico se vio condicionado por los positivistas alemanes y el darwinismo social de Herbert Spencer. Las consecuencias lógicas de estos planteos fueron las de mostrar con claridad que la clase dominante estadounidense era lógicamente superior a los negros, a los inmigrantes y a la “basura blanca” que plagaba las ciudades.

¹ “Escuelas historiográficas” tal vez no sea la mejor manera de denominarlas, por cuanto los historiadores en general trabajan de forma individual, casi sin debatir o buscar la homogeneidad de las prácticas teóricas utilizadas. El uso de esta expresión tiene una función explicativa a fin de caracterizar tendencias o corrientes de producción historiográficas con rasgos comunes, y que buena parte de ellas comparten un determinado período histórico.

La premisa fundamental de esta escuela era que la historia enseñaba una lección central: la humanidad se encontraba, guiada por la Providencia, en un camino inexorable hacia el progreso y la libertad. En consecuencia, si el objetivo elegido por Dios era la libertad y el progreso, Estados Unidos representaba la más elevada expresión del Plan Divino. Por ello Europa era vista como un continente en decadencia inexorable; los pueblos originarios de toda América eran bárbaros e inferiores, así como los negros y por ende el continente africano; por último, los latinoamericanos resultaban atrasados y con un problema central, que era su catolicismo. Tanto los negros como los indios – y por qué no, en algunos casos los latinoamericanos– necesitaban ser ayudados y/o tutelados para lograr ingresar en el “Plan de Dios”, por el “gran país del Norte”, gracias a lo cual el nombre propio del conjunto *América*, pasó a convertirse desde su perspectiva en su nombre propio. Es obvio que en la actualidad muchos siguen creyendo que decir “americano” es lo mismo que decir “estadounidense”.

En base al importante crecimiento económico logrado luego de terminada la Guerra Civil, Bancroft y otros representantes de esta escuela consideraron que el trabajo de historiador era de la misma condición que el del filósofo moral, por lo cual su obligación se encontraba en enfatizar el significado del pasado para que el pueblo (estadounidense) comprendiera el Destino Manifiesto. Como sostuvo oportunamente Hofstadter, “el principio unificador era el progreso ordenado y planificado por Dios” (Pozzi y Elisalde, 1992: 12). Para esta manera de entender el proceso histórico, desarrollarse se sustentaba en el espíritu divino, gracias a lo cual se entendía una evolución de los hechos sociales de tipo lineal, ya que los “grandes hombres” eran la expresión más acabada de tal espíritu. Es evidente que tales hombres fueron, para los conspicuos representantes de la escuela, los Padres Fundadores, los padres de la patria. Estos eran un surtido de personajes provenientes de la clase dominante, entre los que se deben contar a filósofos, políticos, teóricos políticos, intelectuales, terratenientes, esclavistas, militares, comerciantes, científicos y diplomáticos. Normalmente se incluye a John Adams, George Washington, Thomas Jefferson, Benjamín Franklin, Alexander Hamilton, Samuel Adams y James Madison, entre otros. Irónicamente, para los representantes de esta clase dominante, no era contradictorio ni ofensivo tener esclavos o considerar a las mujeres inferiores, mientras proclamaban la igualdad entre los hombres y la libertad como ejes morales, a la vez de exaltar la importancia del mérito y la validez de la movilidad social ascendente.

Entonces, estos historiadores, atentos a que el objetivo del quehacer histórico era encontrar la verdad, y a los fines de explicar la dinámica de este destino manifiesto, entendían que esta verdad se encontraba expresada en los personajes considerados Padres de la Patria, quienes no tuvieron defectos, errores o faltas. Eran la representación del mandato divino accionando en la tierra. Por ello se omite clarificar si eran o no esclavistas, contrabandistas, usureros o saquearon al Estado federal. Es más, no existe en esta historiografía la problemática de la raza o la del conflicto de clases, y mucho menos las cuestiones de género. Era una historia exclusivamente fáctica y eminentemente política, donde los *wasp* (*white, anglosaxon, and protestant* –blanco, anglosajón y protestante–) burgueses justificaban las políticas conservadoras y expansionistas. Era una historia a la que se le podría asignar hasta una perspectiva geográfica, ya que era profundamente nacionalista y estaba escrita desde Nueva Inglaterra. No casualmente un prominente representante de la escuela llegó a la presidencia de la nación: Woodrow Wilson. Sus obras fueron muy populares y leídas en la época, dado que reafirmaban la supremacía de “lo estadounidense” sobre los críticos momentos de cambio social determinados por el crecimiento económico y la inmigración.

Dadas sus bases teóricas y metodológicas, era una forma de hacer historia que trabajó enormemente en los archivos, pero a la vez fuertemente anecdótica y sin grandes conflictos que resolver. Es la escuela que creó gran parte de la mitología alrededor de los orígenes de la patria, desde los puritanos y el heroico viaje del Mayflower, hasta la importancia de personajes políticos clave, como los mencionados Padres Fundadores. La relevancia de esta escuela se encuentra en que resultó sumamente funcional a las necesidades de una clase dominante en consolidación, a fin de crear un pasado de democracia popular en una etapa en donde la competencia y concentración capitalista marcaban lo contrario.

En términos historiográficos el límite de esta escuela se encuentra cuando se desarrolló masivamente en las universidades estadounidenses una tendencia fuerte hacia la profesionalización de los historiadores. Estos últimos, influidos por los procesos económicos y sociales desarrollados desde fines del siglo anterior, entre los que se deben contar la inmigración masiva, el proceso de concentración monopólica en grandes empresas, la unificación total del mercado interno y la creciente urbanización, fueron abandonando lentamente esta manera de entender el pasado, para intentar dar cuenta de esta nueva realidad.

El desarrollo de la *escuela patriótica* va a coincidir con un proceso clave en el campo educativo e historiográfico: la reafirmación identitaria de la nación norteamericana a través de la organización de un sistema de educación basado en la coexistencia conflictiva entre reformas liberales y experiencias comunitarias conservadoras (religiosas). *Moralidad, meritocracia y progreso* fueron las ideas centrales en las producciones de historia y educación de esta etapa. El reformista liberal Horace Mann fue un intelectual de la educación que expresó el movimiento cultural del período y coordinó las acciones institucionales que dieron origen a la “escuela moderna” norteamericana (Mann, 1998: 469 y ss). La conformación de este sistema educativo contó con el activo apoyo empresarial (Rockefeller, Peabody, entre otros) y se constituyó en un modelo formativo e identitario nacional que fue replicado –no sin resistencias– en todo el país.

| Escuela Progresista

Los cambios estructurales producidos en Estados Unidos desde fines del siglo XIX condicionaron con fuerza la manera en que se percibía el pasado, lejano y reciente. Las tres últimas décadas del siglo XIX estuvieron marcadas por la depresión económica, con fuertes variaciones que implicaron alzas y bajas en las variables agregadas de forma recurrente. La crisis económica fue sufrida principalmente por trabajadores asalariados, mas no debe dejarse de lado que los pequeños y medianos capitalistas también se vieron perjudicados por la fuerte modificación en la respuesta de los mercados. La revolución tecnológica, que introdujo el uso de la electricidad y el petróleo como novedosas fuentes de energía, junto con el desarrollo de modernas maquinarias y la posibilidad de abarcar nuevos mercados de mayor tamaño, requirió el desarrollo de fábricas y empresas de mayor dimensión, las que pudieron resistir de mejor modo las fuertes fluctuaciones de la demanda.

Para el inicio del siglo XX el progreso se estabilizó y hasta el fin de la Primera Guerra Mundial el desarrollo económico interno alcanzó niveles sin precedentes. Los monopolios –que proveerían al Estado los insumos imprescindibles durante la guerra–, fueron los que dieron su impronta a esta etapa.

La crisis de las comunidades tradicionales, la urbanización brutal y acelerada, y el desarrollo también acelerado de los sectores medios de la sociedad, produjo un quiebre con la vieja forma de entender el mundo por la mayoría de los estadounidenses. Además, para poder sostener ese crecimiento económico se hizo necesario contar con una mano de obra barata, en cantidades crecientes, y que sea dócil a las necesidades del capital concentrado.

El fenómeno de la inmigración fue el que proveyó a dichas necesidades. Pero a la vez generó una percepción cultural de la clase dominante, común a todos los países receptores de inmigración masiva, que es la de una fuerte necesidad de diferenciar su esencia de aquella que arribaba desde los barcos. Desde ya que la etapa histórica conocida como *Era Progresista* reflejó no solamente la reacción al fenómeno de la inmigración, sino también fue un movimiento que mostró su rechazo a las transformaciones sociales y culturales derivadas de la reestructuración económica, mencionados precedentemente.

En este lugar juega un papel crucial un historiador joven, llamado Frederick Turner. Debe destacarse el hecho de que puede ser considerado uno de los más destacados representantes de la que ha dado en llamarse Escuela Progresista. En lo que hace a lo historiográfico en particular, su reacción se produjo ante los límites conceptuales impuestos por los patrióticos, que no daban cuenta de las transformaciones operadas. Además de Turner, cabe mencionar a autores tales como Charles Beard y Vernon L. Parrington, con lo que queda en evidencia la dispersión conceptual de esta línea de trabajo.

En lo que hace a Turner, el concepto central que conduce sus investigaciones se encuentra en la idea de que la frontera en la historia de Estados Unidos fue la que determinó las particularidades institucionales de la democracia en este país. Rechazando las tradiciones políticas europeas, por decadentes, y las de otras latitudes por poco desarrolladas, la democracia en Estados Unidos era nueva, autóctona, excepcional y necesariamente la mejor para las condiciones en las que se desarrollaba. La importancia del desarrollo de Turner se encuentra en que, a diferencia de otros historiadores, “sugería que Estados Unidos estaba llamado a ser una gran nación, no por una decisión divina, sino por cuestiones tangibles, por condiciones materiales. En este sentido Turner proveía una justificación «científica» al destino manifiesto y al expansionismo estadounidense” (Pozzi y Elisalde, 1992: 14). Esta argumentación justifica que aún hoy en día la Frontera sea una opción central del establishment estadounidense, permitiendo y resignificando el concepto en toda producción referida al pasado.

Desde otra perspectiva puede encontrarse a autores más inclinados hacia la izquierda, como Vernon Parrington. Este autor, que se definió a sí mismo como “en buena medida un marxista” (Pozzi y Elisalde, 1992: 15), pretendió hacer un desarrollo de la cultura y el pensamiento estadounidense desde la época colonial hasta sus días presentes. Parrington buscó efectuar una especie de historia social de la literatura de EEUU, donde el medio ambiente del escritor, su ubicación social y estilo de vida, amén de las ideas políticas, lo conducían para la elaboración de su arte. El intento de Parrington era romper con el determinismo geográfico diseñado por Turner, para tratar de poner en evidencia que el móvil de los propietarios o los conservadores estaba en la ganancia, el poder o el orgullo, y no en el espíritu o el ideal democrático. En síntesis, en su perspectiva, el desarrollo del pensamiento estadounidense se basaba en una confrontación permanente entre Locke y Rousseau por un lado, y Hobbes y los Puritanos por el otro.

Otro autor progresista y de izquierda fue Charles Beard. O por lo menos en sus inicios. Una de las obras que más controversia generó en la historiografía estadounidense de este autor fue *Una interpretación económica de la Constitución de Estados Unidos*, de 1913. Desde un remoto posicionamiento de base marxista, en dicho trabajo estableció una contradicción entre los propietarios (de tierras, comercios e industrias, pero particularmente, en bonos del Estado y moneda depreciada), y la gran masa de ciudadanos no propietarios. En el fondo, Beard se ubica más en lo que podría llamarse radicalismo republicano, conjunto que entiende que la sociedad no se divide en clases, sino en productores y parásitos. Los primeros son identificados con los productores agrícolas, industriales, y trabajadores asalariados por igual, que confrontan con aquellos que viven del trabajo de aquellos: banqueros, abogados, políticos del gobierno (en particular, el federal). En suma, Beard “reveló las bases del poder plutocrático que obstaculizaban una verdadera democracia progresista en Estados Unidos” (Pozzi y Elisalde, 1992: 16). Esa contradicción entre productores y parásitos determinó, a su entender, que la Constitución no fue un instrumento pensado para darse un gobierno a fin de equilibrar a todos, sino uno para garantizar la propiedad ya que “fue esencialmente un documento económico basado en el concepto de que los derechos privados fundamentales de la propiedad son anteriores al gobierno y están moralmente más allá de las decisiones de las mayorías populares” (Pozzi y Elisalde, 1992: 15).² De esta forma, la Constitución no era democrática, sino una herramienta diseñada por un grupo económico poderoso para su propio beneficio. Si bien Beard encontró eco en los partidarios del progresismo, su texto se erigió en un escándalo nacional, hasta el punto de que, aún en las últimas décadas del siglo XX, continuaban apareciendo distintos *papers* que cuestionaban su perspectiva. Sin embargo, es el que más se preocupó por formar una escuela historiográfica en sentido estricto, ya que hoy en día la Universidad de Wisconsin es el principal centro de los historiadores neoprogresistas; además de ser uno de los fundadores de la *New School for Social Research* en Nueva York.

La historia escrita desde la mirada progresista se desarrolló en una dinámica de conflicto dual, dentro de la cual confrontaban “el pueblo productor contra los parásitos monopolistas que habían vaciado de contenido la democracia estadounidense” (Pozzi y Elisalde, 1992: 17). Los límites de esta perspectiva han de hallarse a mediados del siglo XX, cuando las condiciones nacionales e internacionales forzaron el desarrollo de otro modo de ver el mundo, adecuado a las nuevas contradicciones.

En el campo de la historiografía educativa hacia mediados del siglo XX se produjo la consolidación del pensamiento racionalista moderno y liberal. La sistematización de estos principios fue realizada por las emblemáticas producciones de Taba, Knowles y Bobbit (García Garduño, 1995: 57 y ss). Es la etapa en la que se desarrolló una red de escuelas públicas basadas en la aplicación de pruebas estandarizadas (método Terman), bajo los principios meritocráticos productivistas. Estos criterios de organización científica del trabajo fueron asociados en este proceso a las ideas de Progreso promovidas por la burguesía industrial. Las comunidades conservadoras y religiosas resistieron a buena parte de estos cambios de carácter federal, y reclamaban autonomía para la formación local y regional de sus niños y adolescentes. Desde el Estado se impulsaron escuelas de nivel medio como estrategia de centralización, a fin de establecer límites a los problemas que provocaban los poderes locales, según señalaban los especialistas y técnicos de la secretaria de educación nacional.

² Hay versión en castellano de Beard, Charles (1953). *Una interpretación económica de la Constitución de los Estados Unidos*. Buenos Aires: Arayo.

A principios del siglo XX también se desarrollaron producciones que difundían las llamadas “escuelas nuevas” de John Dewey (Carnoy, 1997: 256 y ss). Este intelectual de la educación estadounidense expresó un contrapunto al racionalismo positivista de la época. En la concepción de los “progresistas de la educación”, y en particular de Dewey, la escuela, de importancia básica en el control social, debía jugar varias funciones. En el primer lugar, aportando a la difusión ideológica masiva; en segundo término, planteando la modificación de la conducta aprendida por los individuos en su familia y su grupo social, sobre todo en aquellos valores que resultaran antagónicos con los fines sociales de los cuales la escuela y el maestro eran representantes. Y en tercer lugar, resolviendo el problema de las mediaciones político-pedagógicas en el terreno de la didáctica. Las ideas de Dewey expresaban otra forma de progresismo de la época, ya que rechazaban la dicotomía juego-trabajo propuesta por los positivistas; se oponían a la educación meritocrática orientada al mercado y proponían una educación centrada en el niño. Estos escritos educativos y la reforma que impulsaban no fueron aceptadas por las corporaciones empresariales, ni por la dirección política del Estado en aquellos años, por ello tuvo poco efecto en la educación pública federal y local. El movimiento pro-juego de Dewey prosperó principalmente en las escuelas privadas de clase media hasta que se produjeron cambios en los procesos de trabajo entre 1950 y 1970.

| Escuela de la Izquierda tradicional y el New Deal

Ambas surgen con fuerza en las décadas del treinta y cuarenta, como consecuencia de la gran crisis económica desatada por el crack de la Bolsa de Valores de Wall Street. Los datos estadísticos, aunque nunca son suficientes para representar el sufrimiento real de hombres, mujeres y niños, dan una muestra de la catástrofe. Tal vez nos ilustre adecuadamente el dato que indica que en un país de 190 millones de habitantes, 40 millones de ellos estaban desempleados o eran miembros de una familia cuyo sostén principal estaba desempleado. O que en Connecticut las jóvenes cobraban 1,10 dólares por semana por una jornada en el taller más extensa que la de años anteriores, que en los aserraderos los hombres adultos percibían 5 centavos por hora de trabajo, o que los hijos de los mineros pasaban frío y se alimentaban con dientes de león o hierbas varias, mientras los agricultores dejaban pudrir sus cosechas porque era más caro levantarlas y llevarlas al mercado. Tal vez el mandato mayor en un país con hambre fue el originado cuando se publicó en las noticias que se mataron cientos de miles de cerdos, porque era más caro colocarlos en el mercado que el beneficio que se podría obtener por su venta (Nigra, 2007: 155 y ss). El presidente Franklin Delano Roosevelt recibió ese mandato en un momento de crisis. La profundidad de la depresión era tal que resultaba claro para muchos que lo que estaba en problemas era el sistema. El patrón de acumulación de capital se encontraba cuestionado, y la percepción generalizada en los sectores más lúcidos de la clase dominante era que la resolución podría acarrear una “caída” hacia opciones de tipo totalitarias (fascismo, comunismo), por lo que cualquier prevención que permitiera en mayor o menor medida el mantenimiento del capitalismo de tipo democrático liberal sería aceptada. Un buen ejemplo de lo compleja que era la situación la describe Howard Zinn:

En 1931 y 1932 la gente se organizaba para ayudarse a sí misma, ya que ni las corporaciones ni el gobierno lo estaban haciendo. En Seattle, los del sindicato de pescadores cogían pescado y lo cambiaban con gente que cogía fruta y verduras; los que cortaban leña, hacían trueques con ella.

A finales de 1932, había ya 330 organizaciones de autoayuda en 37 estados, con más de 300.000 miembros. . . Eran acciones simples, que se hacían por una necesidad práctica, pero tenían posibilidades revolucionarias. Llevando a cabo acciones directas para hacer frente a sus necesidades, los trabajadores estaban mostrando –sin llamarla así– una fuerte conciencia de clase” (Zinn, 1997: 290).

Como consecuencia de todos los actos derivados de la crisis, los asalariados y los desocupados mostraron un potencial de transformación que impulsó el desarrollo y la creciente organización de expresiones políticas de izquierda, en particular, el Partido Comunista. Si bien en términos electorales su presencia no fue importante, su desarrollo y penetración en instancias de gobierno (o sea, dentro del New Deal), fue significativa. Pero no era sólo el Partido Comunista el que pudo ampliar su campo de trabajo, sino un conjunto creciente de expresiones políticas de izquierda. Estos pudieron mostrar su forma de pensar en lo historiográfico como en otros espacios.

La izquierda tradicional es una perspectiva histórica desarrollada en las décadas del treinta y cuarenta, bajo el influjo del New Deal. Tradicionalmente ignorada por la academia estadounidense, y prácticamente por fuera de las universidades, contó con una serie de historiadores que alcanzaron cierto grado de relevancia, por lo general vinculados al Partido Comunista. Con una visión ciertamente esquemática del marxismo, vinculada a los vaivenes políticos de la Unión Soviética y los problemas domésticos, su marco teórico se montaba sobre el republicanismo radical, por lo que se establecía un esquema analítico que oponía, como pares dialécticos, al pueblo (los productores obreros/asalariados) contra los capitalistas (que serían los parásitos). En esta concepción, afincada en las ideas de las Asociaciones Republicanas Nativistas de mediados a fines del siglo XIX, las cuales aunaban religión protestante con abstinencia en la ingesta de alcohol, “declaraban a los acumuladores culpables de crímenes culturales y económicos, cada uno de los cuales causaba pobreza a su manera. Estos acumuladores tenían un estilo de vida que generaba la intemperancia y la irreverencia por el trabajo duro y honesto.” Estos eran los que llevaban las cuerdas de la economía, y explotaban a los trabajadores. ¿Quiénes eran?: “Los verdaderos culpables eran los aristócratas del dinero, los banqueros y especuladores”, con poder para elevar o deprimir el mercado, hacer dinero abundante o escaso y controlar a través de monopolios el medio circulante (Laurie, 1990: 87-88). De esta forma, Laurie destaca que los representantes de asociaciones de trabajadores, apoyados en la teoría del valor trabajo, elaboraron un particular análisis de clase de la sociedad, entendiendo a la explotación como una tensión entre productores y acumuladores (Laurie, 1990: 90). También tenían esta perspectiva los que consideraban que “el concepto de clases productivas indicaba una división social esencial que percibían alrededor de ellos. Sólo aquellos asociados al ocio (banqueros), la especulación (abogados, traficantes de alcohol, jugadores) o al parasitismo social (todos los antes mencionados)”, no podían formar parte de la organización (en este caso, sindical). Otros estratos, como los comerciantes y los fabricantes serían juzgados por sus actos individuales, y no con su antagonismo eventual con el movimiento obrero (Fink, 1990: 151). Eran productores los que creaban bienes o servicios útiles, y parásitos quienes de alguna u otra forma obtenían dinero a través de los otros. Resulta ser como indica Montgomery:

Todos estos esfuerzos fueron llevados adelante en nombre de los «productores» mismos ante el «capitalismo monopolista». En otras palabras, los verdaderos conflictos de intereses económicos entre el sector manufacturero y el capitalismo comercial eran racionalizados en (y quizás

intensificados por) una ideología que les permitía ser verbalizados de una manera ambigua y oscura (Montgomery, 1992: 97).

Por lo anterior, en general los desarrollos de estos historiadores encontraban sus temas en la clase obrera y los negros como minoría sumergida y explotada, buscando observar en el estudio de las luchas el vínculo entre obreros negros y obreros blancos. Eran historiadores que debían continuamente validar sus pergaminos, por lo cual los análisis eran muy profusamente acompañados de un amplio conjunto de fuentes; esto es, debían mostrar sus calidades y capacidades reflexivas y de investigadores, por lo cual sus hipótesis se encontraban muy documentadas. Autores como Herbert Aptheker con sus escritos sobre la esclavitud y la resistencia de los negros a tal condición, o Phillip Foner quien se dedicó a elaborar una gran historia del movimiento obrero de EEUU, se ubicaron como referentes importantes de la historiografía. Es una línea de trabajo que aportó una muy importante cantidad de fuentes originales tradicionalmente dejadas de lado por otras perspectivas, si bien no pueden ser obviadas para comprender muchas expresiones políticas y culturales.

Por otra parte, y como consecuencia de la gran cantidad de medidas políticas, sociales y económicas tomadas por el presidente Roosevelt, el New Deal fue más que la política de un gobierno, para erigirse en una forma radicalmente diferente de encarar las acciones gubernamentales. A partir del New Deal la participación del Estado en la economía, la relación con la sociedad (entendida como un todo: corporaciones, sindicatos, individuos) y la gestión de gobierno se transformó. Medidas tales como la ley de Ajuste Agrícola, la ley Nacional para la Recuperación Industrial, la ley Bancaria, la ley de Servicios de Trabajo, o la creación de entidades mixtas (Estado y sociedad civil) como la Administración del Valle del Tennessee, fueron de una profundidad de transformación tal que recién en la década de 1980 la clase dominante encontró las condiciones para su modificación o eliminación. Este proceso constituyó la aparición y consolidación de lo que la bibliografía llama Estado de Bienestar (Nigra, 2007: caps. 6 y 7).

Esta gran transformación generó, como es esperable, gran cantidad de adherentes y detractores. De aquí surge, entonces, la existencia de una postura historiográfica *new dealer*, como por ejemplo la de Carl Degler, para quien el proceso puede ser considerado como la Tercera Revolución en Estados Unidos. Retomando la vieja contradicción “pueblo vs. parásitos capitalistas”, en la lucha llevada adelante a partir de la crisis –generada por los últimos– la victoria correspondió a los primeros, al derrotar al liberalismo extremo e insensible que había caracterizado a la etapa previa, ya que la crisis había enseñado que “el libre mercado era un fenómeno pernicioso para las economías modernas” (Pozzi y Elisalde, 1992: 22). En pocas palabras, el New Deal, en la perspectiva de este autor, tomó medidas tan profundas que no dudó en caracterizarlas como revolucionarias, erigiéndose esta etapa en un partea-guas para la evolución histórica de Estados Unidos, al nivel de la Revolución de Independencia (primera revolución) y la Guerra Civil (la segunda revolución). En particular, sostiene, la transformación en la política. Donde mejor se puede observar dicha transformación es en la creciente participación de los negros en la vida pública, de forma tal que esta minoría no solamente se convirtió en una pieza clave del Partido Demócrata, sino del sistema político en general. Otro representante de esta línea de trabajo es William E. Leuchtenburg, quien sostuvo que el New Deal revolucionó a la política de EEUU, y que sus intelectuales encontraron respuestas ingeniosas para los problemas que los liberales tradicionales no pudieron resolver.

Las décadas de 1930 y 1940 fueron años de exposición pública de las condiciones educativas regresivas de las clases populares, especialmente de la comunidad afrodescendiente. Poco tiempo duró la iniciativa nortea de crear escuelas públicas para la comunidad negra y la prolífica difusión de libros de texto como *The freedmen's book* (Libro de los libertos, que contenían información sobre las rebeliones negras como la haitiana de Toussaint L'Ouverture y John Brown en Estados Unidos, así como textos de la historia del abolicionismo), que abogaban por una formación emancipada de las clases populares durante el período de la Reconstrucción. Como se sabe la resistencia de la elite terrateniente y blancos pobres del Sur a la existencia de escuelas para la comunidad negra y de la proliferación de estos escritos culminó en décadas de segregación, discriminación y bajos recursos institucionalizados para la educación de los estados del Sur. Las Juntas filantrópicas, junto a las iniciativas de intelectuales integracionistas e igualitaristas, fueron en décadas posteriores progresivamente disueltas.

En las primeras décadas del siglo XX se distinguió una estrategia formativa dentro de los afrodescendientes. La representó Booker T. Washington, hijo de madre esclava, se distinguió en la historia estadounidense y afroamericana por ser uno de los primeros docentes y académicos negros en promover la educación formal para su comunidad. Impulsó el financiamiento de escuelas dirigidas a niños y jóvenes negros e incluso llegó a ser asesor de la Casa Blanca en asuntos raciales. Durante su vida, Booker T. Washington hizo hincapié en la educación técnica como prioridad frente a los derechos civiles propuesto por otras corrientes. Propuso la educación industrial de los negros como modelo (*Instituto Tuskegee*), una escuela técnica de Alabama y dirigido a la comunidad negra en la que Booker fue su director y bregó por la formación industrial de los estudiantes de su comunidad. Este autor consideraba que si los negros mejoraban su educación, economía y nivel de vida, serían pronto aceptados por los blancos. Su posición y producciones políticas e históricas fueron criticadas duramente por activistas y escritores afroamericanos que tenían una perspectiva de lucha más frontal, y exigían el derecho al voto y la participación política, además de la formación educativa.

La oposición a la perspectiva de Booker la representó otro historiador negro: W.E. B Du Bois. A lo largo de su extensa vida Du Bois acompañó y actuó en diferentes etapas clave para el desarrollo del movimiento negro antirracista, anticolonial y antiimperialista de Estados Unidos. El comprometido humanismo de Du Bois se radicalizó con el paso de los años, hasta abrazar el comunismo y el materialismo histórico en sus escritos. Desde un principio estuvo latente en él una crítica sin titubeos al capitalismo y denunciaba la forma racista que adoptaba en Estados Unidos. A esa etapa temprana pertenece su emblemático libro *Las almas del pueblo negro*. Una de las grandes contribuciones a la teoría crítica racial de este libro aparece ya en su primer capítulo, donde se subraya la noción de “doble conciencia”; idea que será también desarrollada en obras tan relevantes para el pensamiento antirracista y anticolonial como los clásicos *Piel negra, máscaras blancas* de Frantz Fanon o *Atlántico negro: Modernidad y doble conciencia* de Paul Gilroy. Por “doble conciencia”, y en parte de modo autorreflexivo, Du Bois se refiere a la experiencia post-esclavista de los afroamericanos en Estados Unidos, que empujaba al pueblo negro a ser consciente de sí mismo, al tiempo que debía serlo de cómo era observado en un ámbito de opresión perpetuada. La brutalidad del contexto situaba al pueblo negro en una encrucijada entre su herencia africana y la dominación europea. Pero más allá de la riqueza de sus reflexiones, *Las almas del pueblo negro* se destaca por su carácter etnográfico, ya que en él Du Bois recoge las experiencias de lucha que conoció en sus viajes a través del territorio estadounidense, conviviendo con su pueblo, segregado y pauperizado por el color de su piel.

Du Bois fue el primer afroamericano en obtener un doctorado otorgado por la Universidad de Harvard; después de lo cual desarrolló una fructífera vida académica, actividad que compaginó con un compromiso firme en favor de la lucha antirracista. Tempranamente se posicionó como voz destacada contra Booker T. Washington por considerarlo el líder de las posiciones moderadas en el movimiento negro. Como humanista, Du Bois vió en la educación integral la esperanza de alejar al pueblo negro de las mezquindades a las que históricamente le había empujado la segregación. La necesidad de crear centros de enseñanza y universidades propias, entre otras instituciones, que brinden fundamento a los propósitos de liberación, aparece como un aspecto esencial en su obra. Du Bois se implicó de manera cada vez más decidida en la lucha por los derechos civiles, primero a través del Movimiento del Niágara en 1905, para después convertirse en el único fundador afroamericano de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color (NAACP). De este modo, por medio de la relación entre su actividad militante y su trabajo teórico en contra de toda discriminación racial, y ante los múltiples linchamientos que experimentaba el pueblo negro y la segregación que perpetuaban las leyes Jim Crow, Du Bois acabó convirtiéndose en una figura pionera del panafricanismo y en favor de la descolonización de África. Con el paso de los años, y especialmente después de viajar a la URSS, creció su interés por la obra de Marx y Lenin, y comenzó a vislumbrar en el socialismo un camino para la igualdad racial. En los años del macartismo fue perseguido y marginado políticamente por su actividad intelectual y militante en los Estados Unidos.

| Escuela del Consenso

Es una línea de interpretación que surge en la década de 1950, como reacción a la mirada confrontativa desarrollada por el progresismo, en el entendimiento de que las condiciones políticas, sociales y económicas urgían para la unión nacional. La clase dominante en Estados Unidos tenía la idea de que los que habían ganado la Segunda Guerra Mundial eran ellos, pero que para lograrlo se debió ceder mucho ante el comunismo, encarnado por la Unión Soviética y su *cortina de hierro*. Tal lógica se profundizó con el triunfo de la Revolución en China, y el inicio de la *acción policiaca* en Corea. A esto debe sumarse el problema derivado de la reconversión estructural luego de la guerra y los conflictos sociales y culturales emanados del New Deal.

El período que va desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta mediados de la década del sesenta fue para Estados Unidos el momento de mayor expansión económica y, asimismo, de definitiva afirmación de su dominación internacional. En términos externos, el dólar organizó a su alrededor el sistema de comercio y el flujo de capitales; mientras que en términos domésticos es el comienzo del fin del New Deal, momento que marca el inicio del Estado keynesiano. Dado que el sistema monetario mundial se organizó alrededor de su propia divisa, debe considerarse lo discutido y resuelto en Bretton Woods. Dicha conferencia había determinado la evolución de Estados Unidos, como así también la de sus aliados en lo relativo al sistema de comercio, al equilibrio de cuentas y al flujo de capitales. Luego, la importancia que tuvo para la economía del principal país industrial del momento el Plan Marshall, con los límites impuestos por la ley Taft-Harley y lo que dio en llamarse el “Gran Acuerdo de Posguerra”.

Es necesario tener en cuenta que los problemas centrales que debían abordarse en forma urgente y resolverse con celeridad eran dos: la desmovilización, por un lado; la reconversión del aparato productivo,

por el otro. Las necesidades de la guerra habían enviado a millones de hombres a los frentes de Europa, Asia y África; asimismo, muchos de los puestos dejados vacantes por los combatientes pasaron a ser ocupados por mujeres, en algunos casos, por minorías étnicas, en otros. Sin embargo, tanto la experiencia brindada por la primera posguerra como el New Deal, marcaron el rumbo a seguir. Durante la guerra, los conflictos laborales quedaron ocultos tras el esfuerzo patriótico (es decir, los reclamos por condiciones laborales y aumentos de salarios no desaparecieron, pero no tomaron amplio estado público, y se alcanzaron soluciones –buenas o malas– en un tiempo relativamente corto). Sin embargo, una vez culminado el conflicto, la falta de verdadera recomposición en los salarios, que habían tenido poca actualización relativa, provocó una importante cantidad de conflictos. Solamente en 1946 se llevaron a cabo 4.700 huelgas masivas de las que participaron más de 5 millones de trabajadores, lo que ocasionó la pérdida de 126 millones de días-hombre de trabajo. Esta serie de reclamos continuó hasta el año 1948.

Asimismo, corresponde destacar que, para la clase dominante de Estados Unidos, quedó en evidencia que el New Deal había alcanzado su techo, máxime si se considera que ya no gobernaba Roosevelt. El paso más claro en esa dirección fue la ley Taft-Hartley. Esta norma constituyó un claro retroceso respecto de la ley Wagner (derivada de la ley Nacional de Recuperación Industrial). Su objetivo era controlar y, en algunos casos, provocar el repliegue del movimiento obrero. Pero la economía estadounidense no salió de las recesiones marcadas por causas endógenas, sino que deben contemplarse el tirón económico que produjo el Plan Marshall y el inicio de la Guerra de Corea en 1950, dos hechos que permitieron elevar el gasto militar, aunque no alcanzaron los valores de la Segunda Guerra Mundial. Este pasó de un mínimo de 9.100 millones de dólares en 1947, a la suma de 14 mil millones en 1950 –año de inicio de la Guerra de Corea–, a 34 mil millones en 1951; 46 mil millones en 1952 y 49 mil millones en 1953. Cuando se redujo el presupuesto militar, una vez concluidas las acciones militares, Estados Unidos ingresó en una nueva recesión.

En otras palabras, para cumplir con el proyecto de pleno empleo, el gobierno incrementó el gasto federal en aquello que terminaría configurando el complejo militar-industrial. De manera llamativa, en su mensaje de despedida del gobierno, el presidente republicano Ike Eisenhower llamó la atención al pueblo sobre los problemas que traería al país el desarrollo del complejo. En su versión más simplificada, el complejo representa la cooperación entre el Departamento de Defensa y las grandes corporaciones económicas, que le proveen al primero los artículos que este necesita para abastecer a las Fuerzas Armadas. Era obvio para el presidente –y para muchos más– que la combinación entre el poder económico y el poder político podría resultar de difícil control por la sociedad civil. Desde algunas perspectivas económicas a este proceso se lo llamó *keynesianismo militar* (este fue un concepto desarrollado por Joan Robinson hacia 1971, que trataba de explicar cómo los gastos militares durante la Guerra Fría se volvieron la mayor fuerza impulsora de la economía estadounidense), ya que representó un porcentaje muy importante –y recurrentemente creciente– del PBI de Estados Unidos. Asimismo, se estableció un alto nivel de incidencia del gasto militar –que es gasto público en sentido estricto– en la evolución cíclica de la economía. Evidentemente, aun con las prevenciones lanzadas por Eisenhower, el complejo no pudo ser controlado.

Todas estas condiciones materiales contribuyeron a la modificación en la percepción política y cultural de la mayoría de los ciudadanos, abundantemente ayudados por las directivas del gran capital y los

medios de comunicación. El embate anticomunista que representó el macartismo³ se apoyó en todas las condiciones descriptas previamente, con base en la penetración de miembros del Partido Comunista tanto en los sindicatos, como en lugares expectantes dentro del aparato de Estado. Resulta evidente que el complejo militar-industrial necesitó de la creación de un nuevo enemigo, una vez liquidado el autoritarismo nazi, que justificara los crecientes recursos destinados al desarrollo armamentista con base en los ingresos fiscales.

En este contexto la línea llamada del Consenso negó la importancia del conflicto sociopolítico, mientras que recalcó lo que unía a la nación en cada época de su historia. Es una perspectiva de tipo conservadora con una predisposición a enfatizar los objetivos comunes, claramente antimarxista (Pozzi y Elisalde, 1992: 17). Según John Higham, “la nueva escuela marcó un retorno a De Tocqueville y al excepcionalismo estadounidense, planteando la no existencia de clases sociales y por ende de conflicto ideológico en la historia nacional. El funcionalismo de Robert Merton y la filosofía de Reinhold Neibuhr conformaron el marco teórico de la nueva historia” (Pozzi y Elisalde, 1992: 17). Entre los principales autores debe considerarse a Daniel Boorstin, Louis Hartz y Richard Hofstadter, nada sorprendente, hombres de izquierda en su juventud, en la década del treinta.

El primero, en sus trabajos *El genio de la política americana* de 1953, y *Los americanos* (escrito entre 1958 y 1965) destacó que lo esencial de lo estadounidense era su pragmatismo, idea que le valió el honor de ser elevado a algo así como la posición oficial al respecto. Tomando distancia de las tradicionales confrontaciones ideológicas europeas, los estadounidenses tuvieron la capacidad de desarrollar un genio distintivo, que provenía de “las oportunidades sin precedentes de este continente y de una combinación peculiar e irrepetible de circunstancias” (Pozzi y Elisalde, 1992: 17). Se muestra, con esto, una singular continuidad con el pensamiento de Turner, pero modificándolo suavemente para ser adaptado a la nueva realidad de la Guerra Fría. Esto es, el liberalismo europeo venía cargado con un conjunto de «vicios» que la excepcionalidad del territorio y la gente en el nuevo mundo hicieron que sea mejor y más virtuoso, ya que era una sociedad sin clases y sin pasado feudal.

Por ello, y gracias a la dinámica que impuso la frontera, la filosofía política era autóctona y efectiva, no necesitaba de teorizadores en particular. Gracias a esto se enfatiza en su obra el éxito obtenido en el desarrollo político y económico, dejando de lado deliberadamente los conflictos raciales, de clase, sociales o de género. Los héroes de su historia, entonces, resultarán ser los puritanos y los empresarios con visión emprendedora.

Mucho más interesante y complejo es Richard Hofstadter, uno de los historiadores más reconocidos dentro y fuera de su país. Este, consciente de que las contradicciones sociales, económicas y políticas eran parte sustancial de la historia estadounidense, buscó desarrollar una fórmula que le permitiera resolver su interpretación, sin negar tales problemas, como hicieron Turner o Boorstin, al asegurar que “la historia implica cambios, y en los cambios el conflicto es necesario, y de hecho es

³ El macartismo es una palabra derivada de las prácticas políticas e ideológicas del senador Joseph McCarthy, quien a principios de la década de 1950 desató en Estados Unidos una cruzada contra la infiltración comunista en las principales instituciones del Estado, que se extendió a todo el país (gobiernos, administraciones, universidades, escuelas, sindicatos, hasta el mismo Hollywood), y se entendió como una verdadera “caza de brujas” ideológica.

un ingrediente funcional” (Pozzi y Elisalde, 1992: 17). De esta forma, puede justificar cuestiones tales como la transformación de la Era progresista como un cambio en la distribución del poder desde la política. Los conflictos en la historia de su país, entonces, se generaron por las disfuncionalidades originadas en la evolución y el progreso histórico junto al desarrollo socioeconómico normal. Con base funcionalista,⁴ este autor entendía que lo que marcaba el ritmo histórico eran las condiciones de consenso en su nación, mientras que las crisis se producían y resolvían como mecanismo readaptativo de dicho progreso.

En el fondo, al tratar de desideologizar el proceso histórico, de alguna forma los consensualistas se acercaron a fundamentos similares a los desarrollados por los patrióticos, tales como el espíritu, la psicología individual o el tradicional pragmatismo del estadounidense, todos ellos elementos sustanciales del cambio histórico. Asimismo, el alejamiento de los problemas de clase –fuertemente marcados en el progresismo, la vieja izquierda o el New Deal– o la historia económica, marcaba un quiebre importante en la tradición previa. Para comprender tal giro debe tenerse en cuenta la presencia determinante del anticomunismo como práctica ideológica, que llevó a muchos historiadores a tratar de proteger sus empleos (cuando no tomaron parte activa de la caza de brujas, denunciando a colegas, como hizo Boorstin), de forma tal que sus producciones trataban de lo que era políticamente aceptable al establishment. Por ello asumieron ser críticos distantes para hacer “historia objetiva”, sin verse condicionados por lo ideológico.

Numerosas e influyentes obras y acciones de historiadores de la educación y pedagogos estadounidenses también estuvieron signados en esta etapa por la impronta funcionalista. Los años de la década de 1950 van a marcar el auge de las producciones consensualistas. Buena parte de las publicaciones referidas al campo historiográfico educativo en los Estados Unidos estuvieron marcados por debates con el marxismo y por la construcción de alternativas prescriptivas “curriculares” del orden social. Se empeñaron en buscar estabilidad y equilibrio en una sociedad atravesada por conflictivos procesos de industrialización, constantes movimientos migratorios y por la masificación del sistema educativo. Las teorías e historias de la educación de las corrientes funcionalistas estuvieron marcadas por afirmaciones “conductistas” acerca de cómo debían organizarse y regirse las relaciones sociales. Después de la 2da Guerra mundial se publicó un libro que fue referencia en este contexto de la educación norteamericana: *Principios básicos del curriculum* (1949) de Ralph Tyler (García Garduño, 1995: 29). En él se van a identificar las ideas de eficiencia, precisión y normativismo de las conductas individuales como coordenadas básicas de la pedagogía e historia de la educación en el marco de una sociedad capitalista como la norteamericana. El funcionalismo concebía la educación como un mecanismo fundamental para conseguir el progreso en el marco del consenso y sin conflictos. La cohesión social en torno a los valores, y el sistema normativo del capital conforman la base del orden social, caracterizado como el desarrollo gradual de las estructuras establecidas en la sociedad.

⁴ El funcionalismo es una teoría de las primeras décadas del siglo XX, desarrollada fundamentalmente en la sociología y la antropología, gracias a la cual se considera que en una sociedad todos los agregados sociales poseen alguna función sustancial para mantener la estabilidad de esta. Su origen remoto se encuentra en el libro *Las reglas del método sociológico*, de Emile Durkheim. Se vincula a la idea de la sociedad como organismo biológico, por la cual los colectivos humanos se comportarían como una entidad con necesidades, en relación a los fenómenos sociales.

Otro aspecto para destacar en este período fue la influencia del macartismo en la cultura y la educación. La mirada fiscalizadora del macartismo recorrió la producción intelectual y el sistema educativo y, como un aspecto del mismo, a la difusión, producción y enseñanza de la historia. Desde fines de los cuarenta, la pulsión persecutoria había intoxicado la atmósfera cultural norteamericana, expandiendo la censura al campo de la educación y, con mayor preocupación, a la educación superior. La situación de la historiografía de la educación no fue inmune a las presiones del anticomunismo (Bozza: 2014). El campo cultural sufrió los mismos procedimientos de sospecha, vigilancia, delación y castigo insuflados en otros ámbitos de la vida social. La libertad académica, los derechos a ejercer una profesión y el pluralismo interpretativo sucumbieron ante el rigor implacable de leyes y acciones coercitivas. La instigación a delatar “comunistas”, mandato de las instituciones del poder y del saber, sumió en dilemas éticos a los miembros de la comunidad educativa, historiadores e investigadores sociales. De este modo, “en el marco del conservadurismo macartista, la historiografía norteamericana distorsionó y trató de amputar de la memoria social norteamericana a las corrientes radicales que eslabonaron experiencias de organización y resistencia en el pasado” (Bozza: 2014).

RER

Escuela de la Nueva izquierda

La década del sesenta es extraña a nivel mundial, pero lo es en particular en Estados Unidos. Consolidado el crecimiento económico pese a un inicio de década en recesión, era un mejoramiento restringido, por cuanto la pobreza seguía siendo una proporción relevante en la sociedad. Las políticas de la *Nueva Frontera* propuesta por el presidente John Fitzgerald Kennedy, y la *Gran Sociedad* por Lyndon Baines Johnson, de alguna forma respondían a esta situación si se quiere subterránea para la opinión pública, pero concreta y real para los millones de estadounidenses que no podían tener condiciones de vida consideradas aceptables. Tras una década del cincuenta en la que todavía estaba presente el recuerdo de la Gran Depresión de 1930, el incremento continuo y sostenido de la producción de bienes y servicios era consumido de forma relativamente limitada, en base a una lógica de austeridad puritana y recuerdos dolorosos del desempleo.

Por otra parte, los cambios culturales y sociales logrados por las necesidades de la Segunda Guerra Mundial fueron medianamente retrotraídos, no sin dificultad (tal como se puso en evidencia por el macartismo). El retorno de los negros a sus tradicionales lugares subordinados luego de lograr una participación importante en la producción y el combate, junto a la «reubicación» de las mujeres a sus habituales labores hogareñas tras su relevante rol en la guerra, son hechos que generaron una tensión social distinta a la que la sociedad estadounidense estaba habituada. Pero puede asegurarse que el detonante principal de la crisis característica de los sesenta se encuentra en el *baby-boom*.

La sensación de una vida a corto plazo delimitada por la guerra generó un relajamiento en las costumbres culturales y sociales en lo que hace a la vida sexual y matrimonial. El casamiento, la monogamia o la planificación familiar sufrieron modificaciones para adecuarse al ritmo que imponía la fuerte movilidad geográfica (desde ir a trabajar muy lejos, a otro Estado, a ser movilizado al frente de batalla), los cambios culturales y las prácticas sociales. De esta forma, la pauta del crecimiento demográfico cambió. En la década del sesenta los niños concebidos durante la guerra habían llegado a la adolescencia y la

mayoría de edad. Eran jóvenes que no conocieron la Depresión, y hasta podría decirse que ni la guerra. En todo caso, recibieron referencias como niños del conflicto en Corea, equiparable –tal como ilustra Engelhardt (1995)– a un combate más contra los indios. Podría decirse, entonces, que en este sector se encuentra el núcleo duro del cuestionamiento que vino a expresarse en el aumento de los reclamos de los negros contra la discriminación, la revolución de las mujeres que se tradujo en la consolidación del movimiento feminista, el rechazo al modelo de trabajo-consumo de una sociedad que ponía los principales valores en la adquisición de bienes y servicios o como se lo llamaba *el sistema*, y el surgimiento de fenómenos tales como la contracultura y el hippismo. El desencadenante final de todo el proceso se encuentra en la creciente presencia de EEUU en la guerra de Vietnam, la que movilizó a muchos miles de jóvenes –y no tan jóvenes– en contra de una intervención a la que no le encontraban sentido.

Es en este contexto en el que se hace evidente una historiografía que respondía a la época. Para la nueva generación de historiadores el modelo consensualista no explicaba seria y críticamente no sólo lo que estaba pasando, sino tampoco lo que los había llevado hasta allí. El consenso, en su perspectiva, no daba cuenta y más bien ocultaba las prácticas del capital monopolista y el imperialismo consecuente, el racismo, los conflictos sociales y el machismo sobre las mujeres. Esta nueva corriente de historiadores (o de personas que se dedicaban a escribir sobre el pasado que no necesariamente eran historiadores: sociólogos, economistas, antropólogos), incluyó expresiones ideológico-teóricas heterogéneas, como marxistas, neoprogresistas, socialdemócratas y liberales reformistas, entre otras. Historiadores fuertemente críticos como Howard Zinn o William Appleman Williams llevaron sus posturas más allá, radicalizándose como consecuencia del despropósito de Vietnam. Afroamericanos jóvenes como Eugene Genovese o Michael Lebowitz se inclinaron hacia el marxismo en sus análisis sobre la esclavitud o el racismo (si bien en la actualidad no dirían lo mismo). Bruce Laurie, proveniente de la clase obrera y con estudios universitarios –y el activismo estudiantil– gracias a las políticas de la Gran Sociedad de Johnson, realizó novedosos estudios sobre la clase obrera estadounidense. También surgieron y dejaron una fuerte huella en diversos campos historiadores de gran calidad y compromiso como David Montgomery o Eric Foner. Hasta economistas como David Gordon, Paul Baran, Paul Sweezy, Roger Ranson o Richard Stuch buscaron en el pasado histórico de Estados Unidos respuestas a problemas y preguntas de su actualidad.

Para este conjunto de nuevos historiadores, la historia debía ser hecha desde la perspectiva de *los de abajo*, en cierta consonancia con las nuevas tendencias historiográficas a nivel mundial, que imponían un cierto rechazo a las perspectivas de la historia de los grandes hombres y acontecimientos. Daban importancia, desde ese lugar, a los conflictos raciales con la incorporación de la cuestión de las minorías de otros pueblos –indios, hispanos, orientales–, las problemáticas de género, las tensiones de clase social y la resistencia al poder económico dominante. Es para destacar que esta mirada se extendió hasta bien entrada la década del setenta, concordantemente con los cuestionamientos y resistencias sociales de la sociedad estadounidense al abuso de poder de los gobernantes y grandes corporaciones, convirtiéndose en la principal oposición historiográfica a la oficial del consenso, pudiendo de esta forma reinstalar al conflicto como una parte sustancial del devenir del proceso histórico. Asimismo, se realizó una profunda revisión de etapas históricas e historiográficas previas, como el progresismo y el New Deal, desde lugares fuertemente críticos, como los trabajos de Gabriel Kolko y Barton Bernstein.

Las décadas de 1960 y 1970 también fue una etapa de profundas transformaciones culturales, surgieron libros, ensayos, teorizaciones y luchas que pusieron en jaque el pensamiento y la estructura educativa tradicional en los Estados Unidos y el mundo. Reproducción cultural; aparatos ideológicos del Estado; resistencias, anticapitalismo fueron algunos de los conceptos clave de este movimiento. La renovación de las teorías e historia de la educación se expresaron en el llamado “movimiento de reconceptualización” (Da Silva, 2001). A diferencia del funcionalismo y la escuela del consenso, esta “nueva escuela” comenzó por cuestionar el orden social y educativo existente. En Estados Unidos se destacaron S. Bowles y H. Gintis (*La instrucción escolar en América capitalista*); W. Pinar y Madalaine Grumet (*Toward a Poor Curriculum*). Sus obras tuvieron la influencia de los ensayos de Althusser, Bourdieu y Passeron. Bowles y Gintis destacaban el rol del aprendizaje, la “correspondencia entre relaciones sociales de la escuela y las relaciones sociales de los puestos de trabajo” (Bowles, S. y Gintis, H., 1985). La educación norteamericana contribuyó, afirmaban, a la reproducción de las relaciones sociales de producción capitalista: obediencia, puntualidad, subordinación.

En esta corriente de la nueva izquierda educativa se destacó también la crítica neomarxista de Michael Apple. Propugnaba una educación democrática, orientada al bien común, inclusiva, con participación comunitaria y crítica, siendo opositor de la educación liberal. Estas ideas van a ser expuestas en libros como *Escuelas democráticas* que escribió junto a James Beane. Apple rechazaba el conductismo y las disciplinas tradicionales, así como la distribución inequitativa del capital cultural. En otra publicación *Teoría Crítica y educación* de 1979, denunciaba a la escuela como un instrumento a favor del empresariado.

| Posmodernidad y neoliberalismo en la historiografía estadounidense

La crisis de la década de 1970 generó una ventana de oportunidad, que permitió la emergencia de pleno derecho de una rama denominada “cliometría” que, en palabras de Fontana, han llegado lejos en su voluntad de “constituir una disciplina independiente”, que parte de la teoría económica convencional, tomando el aparato metodológico de dicho campo, para recurrir a las técnicas históricas solamente a fin de recabar los datos (Fontana: 1992: 33). En general se apoyaron en dos tipos de herramientas: la estadística y el uso de regresiones formales a través de equipos informáticos (con los datos obtenidos con técnicas históricas). Con análisis de profundo raigambre neoliberal, los supuestos desde los que partían les permitió formular postulados anacrónicos (por ejemplo, la rentabilidad de una plantación sureña, considerando a la mano de obra esclava como bienes de capital, sujetos a depreciación).

Una de las ramas de la cliometría con perfiles claramente neoliberales es la *New Economic History*, cuyos representantes estadounidenses más importantes fueron Robert W. Fogel y Stanley Engerman. Apoyados en los señeros estudios de Simon Kuznets (desarrollados en el *National Bureau of Economic Research*, los que se expresaron en su libro *El crecimiento económico moderno*, Madrid, Aguilar, 1973), estos autores llevaron adelante análisis econométricos en retrospectiva, para alcanzar conclusiones claramente contrafactuales. En 1974 Fogel y Engerman generaron una polémica científica y ética cuando editaron una obra que analizaba –con datos estadísticos– si podía hablarse de “rentabilidad” económica de la esclavitud. En su libro *Time on the Cross: The Economics of American Negro Slavery*, en el cual se cuestionaban todas las posiciones más aceptadas sobre la institución, como que la esclavitud era

una inversión poco rentable, que estaba en su etapa económica moribunda, que el trabajo esclavo y la producción agrícola basada en él eran económicamente ineficientes, que la esclavitud había conducido al estancamiento del Sur de los Estados Unidos y que había impuesto condiciones de vida extremas a los esclavos. También comenzó a ser reconsiderado el supuesto de que la esclavitud era ineficiente y no generaba excedentes como lo suponían algunos historiadores, como Eugene Genovese

Este autor aclara un poco más adelante:

Eric Hobsbawm observa que el papel de la cliometría ha sido fundamentalmente crítico: “en la medida en que [...] obliga a los historiadores a pensar claramente y hace de detector de tonterías, cumple funciones necesarias y valiosas”. En cuanto a los ejercicios contrafácticos, éstos pueden ser útiles en la medida en que iluminen lo que evidentemente sucedió, pero no dejan de ser especulativos. La cliometría falla cuando aplica al pasado modelos de comportamiento de un capitalismo sin aristas, plenamente desarrollado, aplicando supuestos como la elección racional o la optimización de la rentabilidad en casos donde éstos no aparecen claramente en el horizonte del agente económico, sea este un siervo feudal, un esclavo romano o un terrateniente aristocrático. (Kalmanovitz: 2004).

En cambio, la década del ochenta fue de reestructuración para Estados Unidos, pero de crisis económica y anomia política en Europa. Atentos a estos problemas estructurales, en parte de la intelectualidad europea y por extensión a ciertos sectores de los intelectuales de Estados Unidos, venía estableciéndose una lectura supuestamente progresista, que afirmaba que los problemas de las sociedades industriales desarrolladas (o posindustriales) eran otros. La década del ochenta observó cómo los países desarrollados, a excepción de Japón, mostraron problemas estructurales del modelo económico y político. A contramano de ellos, la potencia asiática había logrado organizar una fórmula de producción floreciente en base a un sistema que tuvo el nombre de la empresa que lo diseñó: el toyotismo, o en los términos de sus creadores, *just in time*.

Esto implicó que se desarrollaran reflexiones que intentaban dar cuenta de lo que estaba sucediendo, tratando de explicar por qué tanto los modelos capitalistas, como el de la Unión Soviética, se encontraban en crisis. La conclusión, puesta en palabras sencillas por Jean Francois Lyotard, se llamó *posmodernidad*, quien sostuvo que en la etapa que vivían (las sociedades posindustriales) se habían acabado «los grandes relatos de legitimación» (Lyotard, 1991: 42)⁵ de forma tal que el liberalismo, el marxismo o cualquier otro «ísmo» no podía brindar sustento explicativo a los fenómenos sociales, económicos, culturales y políticos que venían produciéndose. Con un fuerte apoyo en la lingüística y el análisis del discurso, Lyotard produjo (junto a otros pensadores de esta línea), una especie de revolución en las ciencias sociales.

⁵ El autor lo aclara: “Simplificando al máximo, se tiene por «posmoderna» la incredulidad con respecto a los metarrelatos. Esta es, sin duda, un efecto del progreso de las ciencias; pero ese progreso, a su vez, la presupone. Al desuso del dispositivo metanarrativo de legitimación corresponde especialmente la crisis de la filosofía metafísica, y la de la institución universitaria que dependía de ella. La función narrativa pierde sus funtores, el gran héroe, los grandes peligros, los grandes periplos y el gran propósito. Se dispersa en nubes de elementos lingüísticos narrativos, etc., cada uno de ellos vehiculando consigo valencias pragmáticas sui generis. Cada uno de nosotros vive en la encrucijada de muchas de ellas. No formamos combinaciones lingüísticas necesariamente estables, y las propiedades de las que formamos no son necesariamente comunicables”.

En la historiografía condujo a lo que dio en llamarse el «giro lingüístico» para el análisis de las fuentes. A partir de ello, el análisis discursivo de todo tipo de fuente determinó dejar de lado aspectos que desde otras perspectivas teóricas eran centrales, tales como la lucha de clases o la cuestión del consenso. En verdad esta perspectiva puede ser comparada a otras, como el funcionalismo de la década del sesenta, que surgió como un intento de las usinas liberales para dar batalla al importante papel que venía teniendo el marxismo en las ciencias sociales. La diferencia es que, con lo sucedido luego de Reagan, el peso adquirido por el posmodernismo fue determinante. La emergencia de un personaje sumamente menor, como Francis Fukuyama, no es producto de su gran calidad o profundidad de pensamiento, sino consecuencia de un aparato de divulgación que lo puso como el referente ideológico de los nuevos tiempos (Fontana, 2001: 310-311).⁶ Desde la caída del muro de Berlín la reacción conservadora del capital más concentrado en los principales países desarrollados trazó una estrategia de construcción de consenso basado en la reimplantación, pero como única opción posible, del pensamiento liberal más ortodoxo en lo económico y conservador-reaccionario e individualista en lo social y político. Una herramienta destacada de esta perspectiva se basó en la idea desarrollada por Fukuyama, quien sostenía que con el derrumbe del comunismo soviético se había alcanzado el ideal hegeliano final, la idea única, el capitalismo pleno como sistema perfecto y última fase del desarrollo de la humanidad. En términos historiográficos causó sensación el análisis efectuado por Hayden White (White, 1992). Allí el autor sostiene que la escritura de la historia no es un hecho científico objetivo, sino que ha de ser interpretada como una escritura, como una particular forma de narración. Esta propuesta tuvo enormes repercusiones en la historiografía, lo que de alguna forma exime de mayores detalles, si bien puede destacarse que la base de la mayoría de los posmodernos rechaza el conflicto de clase, relegándolo al olvido, para hacer hincapié en cuestiones de género, orientación sexual o raza, en el marco de conflictos individuales y no grupales. En Estados Unidos podría asegurarse que dio sustento a lo que hoy se llama comúnmente lo “políticamente correcto”.

En el campo cultural el posmodernismo fue una reacción al estructuralismo, un rechazo a la dialéctica tanto hegeliana como marxista, plantearon la crítica del sujeto centrado y autónomo del modernismo y del humanismo. En los Estados Unidos, el multiculturalismo expresó estas ideas y tuvo su origen como una cuestión social, educacional o curricular desde las corrientes postestructuralistas. Entre los/as representantes más destacados/as y mencionados por la historiografía especializada se encuentran filósofos/as, historiadoras/es y pedagogos/as como J. Butler; J. Banks; Preissle, J. y Rong, X. (Da Silva, 2001). Los grupos culturales subordinados (las mujeres, los negros, mujeres y homosexuales) iniciaron una fuerte crítica a aquello que consideraban como un canon literario, estético y científico que hacía pasar por “cultura común” a la cultura socialmente dominante, blanca, masculina, europea, heterosexual. Para los conservadores y tradicionalistas, el multiculturalismo representaba un ataque a los valores de nacionalidad, familia y herencia cultural.

⁶ Como bien lo describe Fontana: “...las especulaciones de Fukuyama sobre el «fin de la historia» –una adaptación de una vieja interpretación de Hegel por Kojève–, en que sostenía que la historia es direccional y progresiva, que su motor son dos «fuerzas básicas: la evolución de las ciencias naturales y la tecnología», y que esta evolución culmina con la democracia liberal y en la economía de mercado, que serían, por lo tanto, adquisiciones definitivas de la historia. Para difundir el «nuevo paradigma» la fundación Olin ideó una estrategia que alcanzó un éxito total. En 1988 Allan Bloom invitó a Fukuyama a exponer sus ideas En el centro Olin de Chicago, del cual era director. De esto surgió un artículo, «The end of history?», que se publicó en el verano de 1989 en *The National Interest*, una revista pagada por la misma fundación, donde aparecieron después réplicas escritas por Allan Bloom, Irving Kristol y Samuel Huntington, los tres en la nómina de Olin. Cuando acabó esta «discusión» y se consiguió hacer creer que había existido un debate pluralista, el tema se pudo vender a la gran prensa y se preparó el camino para la publicación, en 1992, de un libro que sirvió para poner de moda, fugazmente, las ideas elaboradas por Fukuyama, y les dio una difusión mundial.”

El multiculturalismo señala en sus estudios que el grado de desigualdad en materia de educación y currículo se vincula a cuestiones de poder, como el género, la raza y la sexualidad. Y que no pueden ser reducidas a dinámicas de clase. Además, enfatizan que la igualdad no puede obtenerse simplemente a través del acceso al currículo hegemónico, sino que depende de una modificación sustancial del canon curricular y educativo existente (Hunter, 2016: 13 y ss).⁷

En estos años creció de manera exponencial el movimiento feminista, que nutrió de perspectivas postcríticas a la historia de la educación, que llevó a sumar el papel del género como perspectiva relevante para el análisis social y cultural. En Estados Unidos se desarrollaron los llamados “Estudios de género”, subrayando la importancia de una historia y una “pedagogía feminista”. Buena parte de las universidades norteamericanas incorporaron departamentos de “Estudios históricos de la mujer”. Conceptos como poder, género y diversidad fueron parte de las teorizaciones e investigaciones desarrolladas en estos trabajos; se destacaron en este campo influyentes historiadoras como Elizabeth Weed y Joan Scott (Ramos Escandón, 1997).

Por su parte, las ideas neoliberales en la educación y cultura de la década de 1980 marcaron en los Estados Unidos un verdadero modelo teórico, tanto en las perspectivas de la historia de la educación como en sus políticas de gestión, especialmente durante el gobierno de Reagan (Tyack y Cuban, 2001: 167 y ss). En agosto de 1981 el Secretario de Educación de R. Reagan, T.H. Bell creó una Comisión Nacional de educación. Su meta era realizar una investigación sobre el estado de situación de la educación pública. El resultado fue el Informe *Una Nación en riesgo* (NCEE, 1984). La idea principal del informe era demostrar el “fracaso del sistema de educación pública norteamericano”; argumento principal para llevar a cabo importantes reformas educativas neoliberales. Eficiencia, calidad, equidad y competencia debían ser algunas de las ideas clave de la nueva reforma.⁸

Como reacción a estas resoluciones de la política neoliberal en Estados Unidos surgió un movimiento de investigadores e historiadores sociales de la educación que describieron críticamente la naturaleza del sistema educativo y las políticas públicas de la era reganiana. Se trató de un movimiento de reforma educativa radical que investigó, publicó y denunció los efectos sociales negativos de tales reformas. Buena parte de los escritos de aquellos años fueron difundidos y apropiados por docentes y público general en un marco de protestas en universidades y huelgas de maestros/as primarios y secundarios (1982). Se destacaron en esta etapa las investigaciones y la militancia de intelectuales como H. Giroux (Giroux, 1996, En particular el capítulo 3: “Escuelas para la vergüenza: la reducción gradual de la escuela pública”) de la Universidad de Pensilvania; Ira Shor (Freire y Shor, 2014, en particular el capítulo 5: “Hay una cultura del silencio en los Estados Unidos”) de la Universidad de Massachusetts; Peter McLaren (McLaren, 1995) en California y el destacado historiador Howard Zinn, especialmente por sus aportes en la elaboración de libros de textos para escuelas secundarias y universidades. Estas publicaciones

⁷ Es importante señalar que son diversas las corrientes existentes dentro del multiculturalismo norteamericano: comprende posiciones en la línea de los “giros lingüísticos o discursivos”, hasta posiciones con mayor influencia “materialista” (Da Silva, 2016: 106 y ss).

⁸ El neoliberalismo promovió cambios institucionales para el sistema educativo norteamericano, tales como: a) las escuelas chárter (*charter schools*): híbrido público-privado; b) el sistema voucher: cheques que se entregan a las familias para decidir y pagar por la escuela y c) la “privatización escolar” con Programas como “Las escuelas en casa”.

tuvieron por finalidad brindar una *Historia popular de los Estados Unidos* como alternativa al discurso neoliberal (Barsamian, 2006).

| Las nuevas direcciones

El siglo XXI ha permitido la aparición de nuevas direcciones, apoyadas en la reinterpretación crítica de los dilemas suscitados en el giro lingüístico. La emergencia de problemas antes soslayados vio la luz con líneas de trabajo que se apoyaron en la cuestión de género, la orientación/identidad sexual, los problemas ambientales, la raza y la historia global. Por caso, y como breve mención, debe destacarse la producción de autores Thomas Bender, quien cayó en la cuenta que Estados Unidos es un país (dominante, por cierto) más entre otros, demostrando esto con el título de su libro *Historia de los Estados Unidos. Una nación entre naciones* (Bender, 2012), en el que, a través de cinco episodios, inserta a ese país en el desarrollo internacional, como parte constitutiva de él.

También debe destacarse la producción de Barbara J. Fields con trabajos como *Whiteness, Racism and Identity* (Fields, 2001), o William Manning Marable, con libros tales como *Living Black History: How Reimagining the African-American Past Can Remake America's Racial Future*, ambos afroestadounidenses (y que ya venían trabajando y publicando esta perspectiva desde fines de la década de 1980), ante el avance irrefrenable de la lucha contra el racismo en Estados Unidos, que de alguna forma alcanzó su punto máximo con el arribo de Barack Obama a la presidencia de ese país, pusieron en evidencia la íntima relación de la raza con la clase social. De dicha línea de trabajo, la cátedra sostiene que, en el caso norteamericano, el sistema racista surgió no sólo como producto del esclavismo, sino también como producto de una sociedad que se percibía como “libre”. La única forma de explicar la esclavitud en una sociedad “libre” es justificándola con deshumanización, o sea con la inferioridad de los esclavizados. Racismo y raza, entonces, resulta de una construcción en función de la dominación, donde los discriminados son los oprimidos, en particular, los afroamericanos.

| Bibliografía

- Barsamian, D. (2006, mayo). Entrevista a Howard Zinn. *Zmagazine*. (Trad. Felisa Sastre). Recuperado el 17 de marzo de 2024, de <https://ddooss.org/textos/entrevistas/entrevista-a-howard-zinn>
- Beard, C. (1953). *Una interpretación económica de la Constitución de los Estados Unidos*. Buenos Aires: Arayo.
- Bender, T. (2012). *Historia de los Estados Unidos. Una nación entre naciones*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bozza, J. (2014). Navegar en la tormenta: El anticomunismo en la historiografía de los Estados Unidos durante la Guerra Fría. *Sociohistórica*, (33). Recuperado de <http://www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/SH2014n33a01>
- Bowles, S., & Gintis, H. (1985). *La instrucción escolar en la América capitalista*. Madrid: Siglo XXI.
- Carnoy, M. (1977). La educación, colonialismo interior. En M. Carnoy, *La educación como imperialismo cultural*. México: Siglo XXI.

- Da Silva, T. (2001). Teorías críticas y postcríticas. En *Espacios de identidad: Nuevas visiones sobre el curriculum*. Barcelona: Octaedro.
- Engelhardt, T. (1995). *El fin de la cultura de la victoria: Estados Unidos, la Guerra Fría y el desencanto de una generación*. Barcelona: Paidós.
- Fields, B. J. (2001). Whiteness, racism and identity. *International Labor & Working-Class History*, (60), Fall.
- Fink, L. (1990). El radicalismo obrero en la edad dorada: Hacia una definición de una cultura política. En P. Pozzi et al., *Trabajadores y conciencia de clase en los Estados Unidos*. Buenos Aires: Cántaro.
- Fontana, J. (1992). La «Cliometría». En J. Fontana, *La historia después del fin de la historia*. Barcelona: Crítica.
- Freire, P., & Shor, I. (2014). *Miedo y osadía*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- García Garduño, J. M. (1995). La consolidación de la teoría curricular en los Estados Unidos. *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*, XXV(2), México.
- Giroux, H. (1996). *Placeres inquietantes: Aprendiendo la cultura popular*. Buenos Aires: Paidós Educador.
- Hunter, I. (2016). *Repensar la escuela: Subjetividad, burocracia y crítica*. Barcelona: Pomares.
- Kalmanovitz, S. (2004). La cliometría y la historia económica institucional: Reflejos latinoamericanos. *Historia Crítica*, (27). <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81102705>
- Laurie, B. (1990). Estilo de vida de los artesanos de Filadelfia, 1820-1850. En P. Pozzi et al., *Trabajadores y conciencia de clase en los Estados Unidos*. Buenos Aires: Cántaro.
- Lyotard, J.-F. (1991). *La condición posmoderna*. Buenos Aires: Cátedra.
- McLaren, P. (1995). *La escuela como un performance ritual: Hacia una economía política de los símbolos y gestos educativos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Mann, H. (1998). Educar o perecer. En *EUA: Documentos de su historia política*. México: Instituto Mora.
- Montgomery, D. (1992). Más allá de la igualdad: Empresario y asalariado. En P. Pozzi et al., *Un pasado imperfecto: El conflicto en la historia de Estados Unidos*. Buenos Aires: Manuel Suárez.
- Pozzi, P., & Elissalde, R. (1992). Conflicto y consenso en la historiografía norteamericana: Una historia politizada. En P. Pozzi et al. *Un pasado imperfecto: Historia de Estados Unidos*. Buenos Aires: Manuel Suárez.
- Scott, J. (1997). El problema de la invisibilidad. En C. Ramos Escandón (Comp.), *Género e historia*. México: Instituto Mora.
- Tyack, D., & Cuban, L. (2001). *En busca de la utopía*. México: Fondo de Cultura Económica.
- National Commission on Excellence in Education (NCEE). (1984). *Una nación en riesgo*. Washington D. C.: U.S. Department of Education.
- White, H. (1992). *Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- White, H. (2010). El fin de la historiografía narrativa. En H. White, *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*. Buenos Aires: Prometeo.
- Zinn, H. (1997). *La otra historia de Estados Unidos (desde 1492 hasta hoy)*. México: Siglo XXI.